

Resumen de la Meditación Fermento en la masa

Esta tercera meditación, como habréis podido deducir, es el “**Fermento en la masa**”: «*El reino de los cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta*» (Mt 13, 33), (Lc 13, 20-21). Está claro que Jesús, en las parábolas, utiliza la sencillez de lo cotidiano para llevarnos a descubrir un cauce de mayor profundidad. Los hombres admiramos lo grande, lo visible, lo poderoso. **Dios, en cambio, parece preferir lo pequeño, lo escondido y lo humilde.**

Cuando Jesús quiso explicar cómo actúa el reino de Dios no habló de ejércitos, ni de palacios o revoluciones. Habló de un poco de levadura escondida en una masa enorme. La imagen es profundamente reveladora. La levadura desaparece en la masa, no hace ruido, no ocupa el centro, no llama la atención, pero **transforma todo desde dentro. Así debe ser el cristiano y así debe actuar la Iglesia. No como una realidad extraña al mundo, sino como una fuerza espiritual capaz de renovarlo desde el interior.** Cristo no vino a salvar al mundo desde la distancia. Entró en nuestra historia, se hizo hombre verdadero, compartió nuestra condición. **Y la Iglesia tiene el relevo para continuar esta misma misión;** evangeliza entrando en las realidades humanas para transformarlas desde dentro: la familia, la cultura y la educación, la política y la economía, los medios de comunicación, la acción social y las relaciones humanas.

Decía que **el fermento es pequeño pero poderoso.** No olvidemos que humanamente hablando la Iglesia comenzó de la forma más insignificante posible. —*Una joven que dice sí en un rincón de Nazaret. El hijo de un carpintero que vive oculto a los ojos del mundo durante treinta años. Doce apóstoles poco brillantes y un entusiasta grupo de discípulos y discípulas. El escándalo de la cruz que redujo el discipulado a un pequeño grupo de mujeres con Juan*—. Todo es tan pequeño, tan imperceptible. Nada que pareciera capaz de cambiar el mundo. Con un ejército así, ¡que batalla se podía ganar! Y sin embargo, cambió la historia. Porque **el poder de Dios no depende de los números, ni de la lógica humana.** Como dice el profeta: «**No por la fuerza, ni por el poder, sino por mi espíritu**» (Zac 4, 6). **Ahí está el verdadero valor de ese pequeño ejército.**

La historia de la Iglesia demuestra continuamente esta verdad. Las grandes transformaciones espirituales suelen comenzar con personas pequeñas, por ejemplo **Teresita de Lisieux**, una jovencita que ingresó en el convento de Carmelitas descalzas a la edad de quince años. Nunca salió del convento. Y sin embargo, **fue proclamada patrona universal de las misiones.** Esa es mi vocación. **Abrazar al mundo desde mi estado de mujer contemplativa. La evangelización auténtica posee esta misma dimensión de humildad.** La verdadera evangelización no busca protagonismo, busca que Cristo crezca. Por eso, **San Juan Bautista** decía: «*Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar*». (Jn 3, 30). **Toda la historia de los santos está marcada por esta actitud, la humildad.**

La santidad escondida de hombres y mujeres insertos en los pliegues de la historia, es el fermento invisible que transforma al mundo. Por otro lado, **el fermento exige paciencia.** No actúa instantáneamente. Si queremos que la experiencia de la levadura de Cristo de verdad crezca en el corazón de las personas, tenemos que ser acompañantes de un proceso y tener paciencia. Hay que acompañar procesos. Jesús mismo enseñó: «*El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra, mientras duerme la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo*» (Mc 4, 26). Bien, **entonces la Iglesia tiene una misión importante desde la paciencia.** Una misión que se parece a la misma paciencia que Dios tiene con cada uno de nosotros.

Madeleine Delbrêl ⁽¹⁾, mística cristiana francesa, asistente social, ensayista y poetisa, murió en 1964, decía: «*Hay personas a las que Dios toma y pone aparte. Hay otros a los que deja en medio de la gente, a los que no retira del mundo, descubriendo a Dios en los entornos cotidianos*». Y **Juan Pablo II en Redemptoris Missio** nos advierte: «*No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo “anhelo de santidad” entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana*». Revisemos si realmente todas las dimensiones de mi vida están tocadas por el Evangelio.

El fermento es obra del Espíritu Santo, es el agente principal de la evangelización. Por tanto, **la Iglesia siembra y Dios da el crecimiento.** La Iglesia y el cristiano trabajan pero Dios es quien transforma los corazones. Nosotros somos instrumentos pero **la gracia es la protagonista.** Pongamos las cosas en su sitio.

El Papa León XIV, desde el comienzo de su pontificado, ha insistido en que la Iglesia debe ser una presencia transformadora en medio del mundo, capaz de generar esperanza, encuentro y reconciliación sin renunciar a la verdad del Evangelio.

San Oscar Romero ⁽²⁾, Arzobispo, en medio de enormes tensiones sociales y políticas permaneció fiel al Evangelio, no buscó protagonismo, **buscó ser voz de Cristo**. Su testimonio sigue transformando conciencias décadas después de su martirio, fue asesinado mientras celebraba la Eucaristía. En una de sus homilías decía esta frase: «*Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es éste?*». **La levadura posee una fuerza gradual extraordinaria, así debe ser el cristiano, así debe ser la Iglesia**. No una presencia dominante, sino una presencia transformadora, que no es lo mismo. No una institución encerrada en sí misma, sino inserta en la vida de los hombres. **No una realidad resignada ante la secularización, sino confiada en la fuerza silenciosa del Espíritu Santo**. Por lo tanto, se requiere humildad y fidelidad.

¿Recordáis la **oblación de san Ignacio de Loyola**?: «*Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad. Todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia que esta me basta*». [234]

El fermento también tiene que ver con la teología de la divinización. **San Atanasio de Alejandría** ⁽³⁾ luchó contra las herejías de su tiempo, dice: «*Dios se hizo hombre para que nosotros pudiéramos hacernos Dios*». Esta afirmación resume el concepto de la divinización (*o theosis en la tradición oriental*); **participar de la vida divina es el sublime propósito de los Sacramentos**.

En el **Catecismo de la Iglesia Católica**, en el número uno proclama: “Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad **ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada**. Cristo no vino únicamente a hacer hombres mejores sino **hombres nuevos**.”

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



*Resumen de la Meditación “Fermento en la masa” del Retiro Espiritual
Dirigido por D. Antonio Manuel González Salvador.
19-21 junio 2026
Casa de Espiritualidad santa Mónica*

(1) Madeleine Delbrêl: “La vocación, escritos y reflexiones” (1938)

(2) Homilía dominical pronunciada en la Catedral de San Salvador (1978)

(3) Atanasio de Alejandría: “La Encarnación del Verbo” (s. IV)

